

ETICA Y FUTURO DEL HOMBRE

POR

A. LOBATO, O. P.

El otoño romano ha sido celebrado desde antiguo por su «temperies». También aquí «el aire se serena y viste de hermosura y luz no usada», como ocurría en Salamanca cuando sonaba la música del maestro Salinas. Esa luz otoñal ha tenido el año de 1993 un halo singular, un esplendor inusitado. En los primeros días de octubre el Papa Juan Pablo II publicaba la anunciada Encíclica que lleva el hermoso nombre *Veritatis splendor* y trata del problema moral fundamental de la vida cristiana. Era un documento anhelado, buscado con afán, esperado por los fieles en la iglesia y por la humanidad actual, que reconoce haber perdido el norte en su navegación a causa de los extravíos en el campo de la ética. La Encíclica ha sido acogida con gozo por quienes ya la esperaban, y con cierto malestar por quienes no la deseaban. Se trata de un documento de gran alcance, muy elaborado, ante el que no se puede pasar de largo. Va dirigida en primer lugar a los pastores de la Iglesia, a los que tienen la misión doctrinal en el pueblo de Dios, y por medio de ellos a todos los fieles; se orienta también a toda la humanidad y debería ser acogida por los hombres de buena voluntad, como faro de luz para la cultura. Es de desear que los fieles la asimilen pronto y que puedan luego irradiar su fuerza doctrinal en este fin de siglo para que el tercer milenio cambie de ruta y pueda conjugar en sana armonía la libertad auténtica y la verdad que hace al hombre libre.

La *Veritatis splendor* es ante todo un documento eclesial, pero no cabe duda que tiene en cuenta al hombre, «el camino primero y principal que recorre la iglesia» (1). La Encíclica es muy densa

(1) Cfr. Enc. *Redemptor hominis*, n. 14.

de doctrina y ha de suscitar muchos comentarios, desde los diversos ángulos. Hay en ella una cierta precomprensión del hombre y de su dimensión ética, desde la cual se desvela su naturaleza, se hace análisis de la situación actual y se preanuncia el futuro. Este trabajo se sitúa en ese nivel previo. Desde una sintonía con el documento, pero sin entrar en él, en este trabajo yo intento sólo poner de relieve el punto de vista antropológico implicado, la relación del hombre con la cultura y con la ética, de las cuales depende su futuro y la acogida de la *Veritatis splendor*.

Para realizar este cometido de modo adecuado se propone un itinerario de reflexión en tres momentos:

- 1) La cultura humana y su dimensión ética,
- 2) La crisis ética en la cultura actual, y
- 3) La nueva orientación ética de la cultura y el futuro de la libertad del hombre.

I. LA CULTURA Y SU DIMENSIÓN ÉTICA

La cultura va con el hombre. Donde hay hombres allí hay una cultura en desarrollo, desde la cual se capacita para dar respuesta a los problemas fundamentales que su propia naturaleza le plantea. Tiene el hombre una condición especial, es capaz de imitar, y se complace en ello. «El *imitar*, dice Aristóteles, es connatural al hombre, quien lo manifiesta desde la infancia. A diferencia de los animales, el hombre es apto para la imitación, y a través de ella adquiere los primeros conocimientos. Además todos los hombres *experimentan placer* en sus imitaciones» (2). Por eso aprende y ejercita actividades que otros le enseñan. Así ocurre en la casa, en el campo, en la escuela, en la vida social. De este modo el hombre entra en el horizonte propio de la cultura.

Cultura viene de cultivo, colo, colis colere. Es en primer lugar una actividad del hombre, luego un producto. Hay una cultura

(2) ARISTÓTELES, *Poética*, 4, 1448 b 4.

que prepara los alimentos, y otra que cultiva los campos; hay cultura física del cuerpo, hay cultura espiritual del espíritu. Así se extiende el horizonte cultural, por la mano y la mente en todas las direcciones: hacia afuera sobre el mundo, que está sometido al hombre; hacia el contorno está la familia, la sociedad, la ciudad terrena, lugar de la convivencia con el hombre; hacia lo alto y lo profundo donde el hombre desarrolla lo mejor de sí mismo, y se encuentra frente a Dios: la cultura y el culto abraza todas las dimensiones. La cultura requiere agricultores, artífices, educadores, hombres que dan culto a Dios. Los animales no tienen esta dimensión cultural abierta; el hombre la apricia más ahora pero la ha tenido siempre: desde que labró los primeros guijarros, flechas, utensilios, cerámica, tejió sus vestidos, preparó su morada, habló con sus semejantes, organizó la familia, levantó los muros de una ciudad, hasta que fundó escuelas, monasterios, universidades.

En junio de 1980 el Papa Juan Pablo II tuvo en la UNESCO un memorable discurso sobre la cultura. Es como la *Magna Carta de la cultura de nuestro tiempo*. Siguiendo las orientaciones del Vaticano II y de Pablo VI, que prestaron particular atención a esta dimensión del hombre (3), Juan Pablo II descubre que *el hombre es el sujeto y el objeto único de la cultura*, y es así para todo hombre y lo es en su dimensión personal (4). Más tarde ha creado

(3) Cfr. *Gaudium et spes*, nn. 53-62. El Vaticano II no sólo describe la cultura sino que atiende a su relación esencial con el hombre y por lo mismo con la fe y el anuncio del evangelio. PABLO VI, en la Encíclica *Evangelii Nuntiandi*, de 1975, describió la necesidad de llevar el evangelio a la cultura del hombre y a las diversas culturas, para que fuera fermento que las purifica: n. 63: *evangelio perfundere culturas atque etiam culturam hominis*.

(4) JUAN PABLO II, 2 de junio, 1980, en su *Alocución a la UNESCO* en la sede de París, comenzó con unas palabras de Tomás de Aquino al iniciar su comentario a los *Posteriora Analytica: Genus humanum arte et ratione vivit*: «L'homme qui, dans le monde visible, est l'unique sujet ontique de la culture, est aussi son unique objet et son terme... l'homme est toujours le fait premier: l'homme est le fait primordial et fondamental de la culture» (n. 7).

en Roma un Instituto Pontificio para la Cultura y para el intercambio cultural, atendiendo a la necesidad de promover la cultura como desarrollo del hombre.

En nuestros días estamos preparados para comprender que la cultura es algo esencial al hombre. Estamos habituados a aproximarnos a lo profundo del hombre con algunas pobre definiciones, costumbre iniciada por los antiguos: el hombre es el ser que habla, que tiene logos, que ríe, que tiene manos, que tiene cosquillas, un ser erecto, abierto a la totalidad, racional (5). De modo análogo hoy podemos decir con razón que es un ser cultural. Y esto en dos sentidos profundos: sólo él hace la cultura, y sólo él, en sentido estricto, es forjado por la cultura.

El vocablo cultura sirve de supuesto a tres sentidos que se van superponiendo, como cargas semánticas del mismo. Cultura se toma a veces por educación del hombre; a veces por instrucción; a veces por todo lo que el hombre añade a su naturaleza, o el conjunto de medios por los cuales el hombre da solución a sus problemas radicales cuando vive en sociedad (6).

El primer sentido es radical y es el más antiguo y constante. La educación es *paideia* entre los griegos, *humanitas* para los romanos, promoción completa del hombre hasta el estado perfecto que es el estado que confieren los hábitos o virtudes para los medievales, como Tomás de Aquino. Nada tan necesario como este desarrollo integral del hombre. Lo decisivo en esta visión de la formación del hombre es que tiene un alcance de totalidad del sujeto: implica el despliegue de todas las cualidades de que es capaz el hombre, en la familia con las virtudes domésticas, en la escuela con los conocimientos, en la sociedad con la práctica y el ejercicio responsable de sus deberes.

El segundo sentido ha nacido con el período de la ilustración, cuando se difunde en Francia la Enciclopedia, cuando Kant se interroga por la *Aufklärung*. Es un momento que todavía nos en-

(5) Cfr. ARISTÓTELES, *De partibus anim.*, 673 a 7-10; 686 a 27; Cfr. A. LOBATO, *Homo loquens*, Bologna, 1989, págs. 188-189.

(6) Cfr. B. MONDIN, *Una nuova cultura per una nuova società*, Massimo, Milano, 1981, pág. 9.

vuelve y es típico de la modernidad. El *culto* es el hombre de letras, el que conoce las ciencias, el que se hace en las escuelas y así arroja las tinieblas de la ignorancia y es capaz de atreverse a saber y se rige por el solo criterio de su razón ilustrada (7). Fue una época de entusiasmo y delirio por las luces, por el culto a la razón, por la entrada en la mayoría de edad, por la secularización. Todavía este horizonte abarca y condiciona los ambientes de la cultura oficial en los centros estatales (8).

El tercer sentido es el de la cultura como mundo cultural, el mundo creado por el hombre viviendo en sociedad. Ese mundo de productos de la actividad del hombre forma una totalidad que nos envuelve y nos va conformando. Es aquí donde hoy se distinguen los diversos niveles, o dimensiones. La cultura como totalidad se extiende cuanto el ser humano conviviendo en el mundo y respondiendo a sus necesidades por medio de sus propias creaciones:

El hombre es animal simbólico, y necesita medios para la comunicación con los semejantes: medios de expresión, significación y comunicación;

Es un ser económico y necesita responder a sus necesidades con la producción, la distribución y la consumación de los propios productos;

Es un ser capaz de técnicas por las cuales domina la naturaleza y la somete a su voluntad;

Es un ser social y necesita organizar su convivencia con los demás en una ciudad bajo una forma de gobierno con autoridad política, y

Es un ser abierto a la trascendencia, porque se posee a sí mismo y se encuentra con la esfera de la realidad que conoce, aprecia, y cultiva.

Es el ser que se decide ante los valores.

(7) E. KANT, *Was ist Aufklärung?*, Berlín, 1781. GW, 8, pág. 354.

(8) Cfr. A. LOBATO, *L'agonia dell'Illuminismo*, Napoli, 1981, págs. 219-266.

Desde estas perspectiva podemos organizar la cultura en torno a los ejes siguientes:

Cognoscitivo o simbólico, donde entran los signos de expresión, como la lengua y los medios de comunicación del *homo loquens*,

Social, en el cual se integran los sistemas de convivencia, los usos, las costumbres del comportamiento humano del *homo socialis* que a su vez integra las dimensiones económica y política; unida a esta dimensión y por la relación que dice la corporeidad humana al mundo animal y a la naturaleza, a través de las manos el hombre está usando del mundo y transformándolo, y de ello nace la cultura del *homo faber*;

Axiológico, que integra los valores y da la forma espiritual a la sociedad del *homo sapiens*. Entre los valores hay dos que emergen por encima de los demás, el moral y el religioso, que dan dos modos típicos del hombre, *homo ethicus*, *homo religiosus*.

La dimensión ética de la cultura es coincidente con la ordenación de la vida humana hacia el fin, en definitiva hacia el bien, que es la norma de la voluntad libre. La emergencia de los valores por encima de todos los demás ámbitos de la cultura es patente desde que se acepta al ser humano, como persona y como creatura. El hombre es un ser personal, un todo en el que tiene fuerza prevalente la autonomía por su condición de ser inteligente y ser libre, por su condición espiritual. Al ser creado, y estar hecho a imagen y semejanza de Dios, el hombre necesita situarse en su verdad de dependencia y destino en relación con el absoluto. La dimensión religiosa, la de religación, es fundante. La dimensión ética es la que pone a prueba en cada momento el dominio del hombre sobre sus actos, sobre sí mismo, sobre su propio destino. Heredero de una cultura cristiana, el filósofo Sören Kierkegaard distinguía tres estadios en la vida del hombre: estético, ético y religioso. El primero es el de la dispersión del hombre en el mundo. El segundo es el del drama de la libertad en el camino de llegar a ser uno mismo por encima de los condicionamientos. El tercero

es el definitivo de la verdad del sujeto singular frente al misterio de Dios (9).

San Agustín ha expresado este itinerario del ser humano que se describe gráficamente en la parábola del hijo pródigo: se pierde fuera de sí en las cosas, vuelve en sí en el momento de la reflexión frente a su propia condición, y se recupera sólo con el retorno a la casa del padre. Agustín lo describe de sí mismo, como errante en busca de belleza, volviéndose feo entre las cosas bellas, hasta que entró, se trascendió y encontró a Dios: *Oh pulchritudo tam antiqua et tam nova...* (10).

La dimensión ética de la cultura le viene de la conexión con la libertad. El hombre es ser personal, llamado a hacerse en el camino de orientar sus acciones hacia el bien, que coincide con el fin, y por ello con Dios. El ser libre es dueño de sus actos. Hay acto humano cuando se ejerce con dominio, y por ello se orienta hacia donde el sujeto decide. Elegir, decidir y optar son dimensiones del acto libre, por las cuales resulta cualificado. Todo acto humano debe ser conforme a la condición personal del hombre, orientado, regido por el primer principio de conducta, que es imperativo: haz el bien. Así lo proclama la conciencia, voz interior, voz de Dios en el hombre, porque proclama internamente la ley del hombre, que es participación de la ley eterna. Sólo la dimensión religiosa del hombre supera en alcance a la dimensión ética: ninguna otra llega tan a fondo, de modo que no se escape ningún acto humano, y exija que todos se ordenen al bien y al fin, so pena de no ser buenos y quedar desordenados. La libertad humana pone al sujeto en el riesgo de poder elegir el mal, optar contra su fin, desviarse y por ello dejar de ser conforme a su condición de persona, un complemento. La dimensión ética es radical: abraza el obrar humano en sus tres momentos constitutivos: la dirección al fin, la elección de los medios, la ejecución de la obra concreta.

(9) S. KIERKEGAARD, *Opere*, Sansoni, 1972, pág. 851. Los «estadios son las formas de la existencia humana». El estadio estético termina en la «desesperación». Son conformes al hombre los estadios ético y religioso, que no pueden ir separados. Pero se accede a ellos por un «salto».

(10) S. AGUSTÍN, *Confesiones*, X, 27, 38.

El hombre por ser persona no es medio, es siempre un fin. Pero por ser persona creada es un ser religado y ordenado de antemano al fin. Por ello el hombre, creador de la cultura, está invitado a ordenarla al hombre mismo y darle un sentido de trascendencia porque el hombre es el ser que se sobrepasa a sí mismo. Podemos decir que toda cultura tiene una dimensión ética, acertada o desacertada, por ser del hombre y ser para el hombre en su condición personal. En definitiva no hay culturas neutras ni hombres *más allá del bien y del mal!* La dimensión ética sitúa al hombre ante el dilema que Marcel enunciaba gráficamente y que Fromm ha propuesto a todos los hombres: *¿ser o tener?* (11).

II. LA CRISIS ÉTICA DE LA CULTURA ACTUAL

La comprensión de la cultura actual debe ser valorada con juicios de verdad. Tales juicios se hacen desde una doble perspectiva: la subjetiva y la objetiva. Por la limitación inherente a todo lo humano, y por la complejidad típica de lo cultural le es muy difícil al hombre situarse a la distancia requerida para apreciar serenamente el momento en que vive. Los intereses buscados, las frustraciones habidas, tienen su parte en la valoración. El hombre por su condición es inconformista, un ser que necesita saltar todas las vallas porque se percibe libre, un ser con ansias de infinito. Así vive la condición de la temporalidad, desviviéndose.

Los juicios sobre la cultura actual, la que hemos producido y nos conforma en el siglo xx, tienden a los extremos.

Hay una valoración pesimista. Se piensa que esta cultura está abocada a la desaparición, porque ha concluido su ciclo, al menos en Occidente. Este tipo de juicio ha estado de moda algún tiempo y ha producido literatura abundante, a partir de la obra de O. Spengler *Decadencia de Occidente*, en 1918. Guardini pensaba en *El fin de la época moderna*; Huizinga en *La crisis de civilización*; Husserl en *La crisis de las ciencias europeas*. Para Marcel nuestro mundo es como un reloj o despertador, que se ha caído

(11) Cfr. E. FROMM, *¿Ser o tener?*, Madrid, 1979.

al suelo, queda roto y no funciona: *Le monde cassé, Les hommes contre l'humain*. Dawson observa el retorno de todos los males que el siglo XIX cría arrojados para siempre, la violencia, la tortura, la opresión de los hombres y de los pueblos y por ello se apresta a hacer un juicio de condena a nuestra cultura: *el juicio de las naciones* (12).

En la raíz de este juicio negativo, como base y testimonio irrefutable, están los hechos monstruosos que hemos vivido: las dos guerras mundiales, con la secuela de desastres que le han seguido. Nunca en el pasado, por no disponer de medios para ello, el hombre fue capaz de tales atrocidades contra el hombre mismo: muerte violenta de más de 50 millones de seres humanos, intento de destrucción total y de holocausto del pueblo judío por el régimen nazi, la monstruosidad opresiva del régimen comunista, las bombas atómicas, la sociedad alienada, la degradación de la persona a mero objeto en los gulags y campos de concentración, enfermedades nuevas como el SIDA. Las «lecturas» de tales hechos son inevitables: se puede dudar de la existencia del hombre. Era inevitable que vinieran profetas de la desventura, de mensajes apocalípticos al final de siglo.

Como contrapeso de esta lectura se da una visión opuesta, la optimista. Vivimos en la hora de las grandes conquistas en todos los órdenes. Estamos en el momento privilegiado. En el pasado ha habido, en el parecer de muchos, sólo dos eventos decisivos: el año 0, cuando Dios se hace hombre, el año 1492 cuando el

(12) Las descripciones pesimistas de la cultura han dado origen a un pensamiento filosófico que, partiendo de la experiencia de la angustia, desemboca en la existencia angustiada del hombre, en el llamado existencialismo. Partió de Heidegger, pero ha dominado la mitad del siglo y ha tenido en Sartre su mejor exponente. El mismo B. Mondin, piensa que nuestra crisis es de tal magnitud, que no tiene precedentes, ni siquiera en la caída del imperio romano. Se trata de una crisis epocal, de las que cambian el rumbo de la historia: Cf. B. MONDIN, *Una nuova cultura*, Massimo, Milano, 1981, pág. 183. El filósofo Sciacca en los últimos años de su vida describía la derrota de esta cultura y el suicidio del hombre occidental por la estupidez y el embotamiento de la inteligencia. Cfr. M. F. SCLACCA, *Il magnifico*, Opere 42, 1980, págs. 215-325.

hombre rodea la tierra y se encuentran todos los hombres en su planeta Tierra. Estos dos nos han preparado para un tercero que está a punto de llegar y del cual vamos a ser los testigos privilegiados. Ya tenemos algunos antecedentes y hay una corriente de esperanza que mueve la hora actual. La llegada del hombre a la luna fue el primer signo de los tiempos nuevos, el que produjo la ola de optimismo. El Vaticano II se llevó a cabo en ese clima de esperanza y de euforia cultural. La ciencia y la técnica hacían posible el milagro de la conquista del mundo supralunar, planetario. Los sueños seculares del hombre se hacían realidad. Se abrían los nuevos campos del dominio de la vida, ésta dejaba ver sus secretos más escondidos, se sometía humilde al imperio de la ciencia y de la técnica y al servicio del hombre. De la era atómica hemos pasado casi inadvertidamente a la hora de la informática. Las máquinas que produce el hombre ya no son ampliación de sus manos, ni de sus músculos como en el pasado, sino que son una imitación de su cerebro. Los robots ya son capaces de producir otros semejantes a ellos. Todo es posible, porque ya la materia es capaz de pensar y con mayor rapidez y con rigor.

Los sueños de Bacon que ideaba en 1626 en su *Atlantis*, el «*regnum hominis*» han sido superados sin fin: victoria sobre los elementos del mundo, dominio de los procesos de la naturaleza, creación de un mundo a la medida de los sueños del hombre. Estamos en el mejor de los mundos, en un mundo estupendo que nunca conocieron nuestros antepasados. También este nuevo mundo ha tenido muchos cantores y poetas, en los regímenes totalitarios, en los lectores de la cultura como Bloch, que han creído llegar a ver la instalación del hombre en el momento definitivo, donde ya no hay dolor, ni mal, y quizá... ni muerte. También abundan los profetas de esta visión. Se encuentran entre los científicos, como Huxley, los soñadores como Teilhard de Chardin, los utópicos marxistas, que ha sido la última legión. Entre ellos es de destacar, por su peso y su empeño, la obra de Ernst Bloch, del que es exponente su libro *El principio esperanza* (13).

(13) Cfr. M. UREÑA, *Ernst Bloch. ¿Un futuro sin Dios?* Madrid, BAC,

Quizá, también aquí, el juicio de la verdad y el valor de la cultura actual, no está en los extremos; está en medio y es una verdad amarga: la cultura contemporánea ha ayudado al hombre a realizar grandes cosas, pero no le ha servido para ser un hombre más realizado y completo en su camino de humanidad. El hombre ha llevado a cabo las mayores empresas de la historia en el campo de la ciencia y de la técnica, de la economía, de la vida social y de las comunicaciones. Todos manejamos los instrumentos que nos llenan de admiración al principio y nos dejan boquiabiertos: *mirifica!* Pero al mismo tiempo constatamos la sorpresa de que nuestro mundo no funciona: la técnica tiene dos caras, la que nos da dominio de la naturaleza y nos hace señores, y la que nos domina y nos convierte en esclavos. Nuestro mundo pierde su equilibrio, está contaminado, el hombre se torna un robot. En realidad estamos bajo el imperio de la ciencia que es poder y dominio mediante la técnica. Sólo algunos poderosos que dominan los medios de comunicación, la economía, son los que explotan a la mayor parte de los habitantes del planeta. La humanidad busca con tremenda inquietud la propia liberación que no parece llegarle por el mismo camino de las conquistas del *homo faber*.

La realidad es ambigua, y presenta las dos caras. La cultura está en crisis en sus diversas manifestaciones. La crisis de la técnica está en que ya se convierte en amenaza contra el hombre: las bombas almacenadas, los Chernobil a la vista, la polución del ambiente en las ciudades, la esclavitud de la vida ciudadana, las frustraciones diarias del hombre, las nuevas enfermedades que amenazan como nuevas plagas de Egipto. La crisis de la economía está a la vista a escala mundial por la prepotencia de algunos Estados, las ideologías opresoras de la mayoría, la política de partidos. En realidad el hombre de hoy se encuentra en una gran confusión. Se siente frustrado y se ha tornado agresivo, violento, enemigo del hombre, se siente engañado, vive sin ilusión. Esta

1986. Este ensayo resume con precisión y claridad el intento cultural de Bloch de interpretar la cultura desde la óptica marxista, como camino privilegiado para preparar la nueva ciudad terrestre que tiene que ser conforme al ideal comunista: *Ubi Lenin, ibi Hierusalem!*

cultura ha quitado al hombre las razones de vivir, por las cuales en el pasado ha sido capaz de dar la vida.

En la raíz de todo este proceso ambiguo y dramático, está la falta de ética del hombre de hoy, sea profesional, cívica, personal. Los padres de estas generaciones de frustrados son los hombres que han desatado los demonios en nuestro tiempo, los que han destruido el pasado cultural y han puesto las bases de una nueva ética que no tiene valores de bien ni de mal: Freud, Marx, Nietzsche, los *maestros de la sospecha*. Hay quien afirma que estamos en realidad en medio de una crisis ética sin precedentes porque esta cultura ha minado los fundamentos de los dos polos de la vida humana: el subjetivo de la conciencia, el objetivo de la valoración del ser humano por su condición personal. Nos hemos quedado en la periferia de lo humano, al no ser capaces de descubrir la condición espiritual y trascendente de los sujetos de la cultura. La ética está en crisis porque se ha considerado extraña a la técnica, a la ciencia, al progreso del hombre de la modernidad, cuando no su enemiga que le sale al paso y le pone límites y trabas.

El drama se convierte en tragedia porque toda crisis ética es crisis del hombre. No es lícito dejar el hombre en el vacío, a la intemperie con peligro de perder su propia humanidad solo por alienarlo en conquistas de su mundo exterior. Una crisis ética de la humanidad es una crisis de fundamentos. El hombre de hoy se hunde y grita a su modo por la salvación. Y no hay salvación mientras no recupere su condición de ser moral, y con una ética de valores absolutos por los cuales se vive y se muere. Estamos en la hora de la libertad, de la exaltación de la libertad. Pero esta fuerza fabulosa del hombre está a la deriva. Es una libertad sin rumbo y en ello está quizá el mal radical de nuestros días. La cultura de la hora presente, tan admirable por unos aspectos, nos produce horror cuando la medimos desde la vertiente ética, que es la que indica el grado de humanidad. Nunca el egoísmo y la violencia alcanzó el extremo de nuestra hora. La crisis de hoy es crisis que compromete el futuro del hombre, porque ha puesto en peligro la libertad que tanto exalta. Este es nuestro drama en

el siglo xx. En el fondo, el drama de la cultura es la fractura entre los valores éticos y la vida social (14).

III. ÉTICA DE LA PERSONA Y FUTURO DEL HOMBRE

Sobre las ruinas de una cultura que se desmorona urge edificar una nueva cultura, pero con fundamento más sólido, sobre roca como hace el hombre prudente (Mt, 7,24) de acuerdo con las exigencias de quien es sujeto y objeto de la misma. El hombre edifica sólidamente cuando construye sobre las bases de su ser integral. A diferencia de los demás seres el ser humano no es solo naturaleza, sino que es también persona. Una y otra le son dadas, una y otra están llamadas a realizarse. Todos hemos recibido la condición humana, y estamos llamados al pleno desarrollo de la misma. Cada uno de nosotros somos un sujeto personal, incommunicable, distinto, un todo al cual compete la mayor dignidad y rango en el ser y en el obrar. Cada uno de los sujetos humanos es una persona, con su vocación y destino. Y por ello llamada a dar el máximo y conquistar una personalidad. En este itinerario del paso de lo recibido en herencia como germen y posibilidad hasta desplegar toda la realidad que encierra y de la que es capaz, y del salto de la persona concreta a la personalidad que se va forjando a través de los actos, es decisivo el papel de la cultura y tiene una parte esencial la dimensión ética. La cultura es lo que el hombre añade a su naturaleza, es de algún modo la obra de las personas en su condición social, es una forma que unifica y da consistencia a los diversos polos del ser en desarrollo. C. Dawson define la cultura como «forma de vida, o forma espiritual de un pueblo» (15).

La persona es un todo y por ello crece, como los dedos de la mano, en todas las dimensiones. Está llamada a un desarrollo

(14) Cfr. A. LOBATO, *El principio libertad*, Doctor Communis, 1977, 33-81. Id., *Experiencia radical de la libertad*, Asprenas, 1977, págs. 401-420.

(15) C. DAWSON, *Realtà storica della cultura cristiana*, EP, Torino, 1976, pág. 13.

uniforme y bien asimilado. Pero este desarrollo por ser obra de la libertad, requiere los tres pasos de toda operación: el proyecto que concibe el fin, la deliberación de los medios o el ejemplar que lo presenta en concreto, y la ejecución en la realidad (16). La voluntad decide, desde su dominio sobre los actos, acerca del fin, realiza la opción entre las posibilidades y lleva a cabo su aplicación. La voluntad libre está en la base de todo desarrollo cultural en el orden de la humanidad y de la personalidad de cada hombre (17).

La cultura no crece al mismo ritmo en las diversas dimensiones, porque el proceso cultural, depende más de la libertad que de la naturaleza del hombre. De hecho crecen disarmonías, pueden ir dispares, contrarias, en direcciones opuestas. Esto es un hecho que salta a la vista en personas concretas y en la cultura de las sociedades. Hay sujetos eminentes en creatividad técnica, pero con una total ceguera para los valores religiosos y morales. Hay sujetos que desarrollan de modo excelente los valores económicos y políticos, pero al mismo tiempo pisotean y atropellan los valores de la libertad y respeto a las personas. También hay personas de conciencia recta y de grandes virtudes morales, pero sus talentos para la ciencia o lenguaje o la técnica están enterrados. El poeta Bécquer recordaba cuántas veces «duerme el genio en el fondo del alma», porque no lo ha despertado una voz amiga para que se ponga en camino. En la realidad topamos con muchas personas que nos resultan como escindidas entre dos mitades, entre la profesión y la convivencia con las personas, entre el mundo de la familia y el de la profesión, entre las relaciones intersubjetivas y el de las relaciones objetuales. Hay «cultos» perversos, diabólicos, y hay sencillos que son un prodigio de humanidad. Todos conocemos ejemplares de ambas especies. Entre los últimos quiero recordar a mi querido y admirado San Juan Macías. El salmo 8 advierte que en las cosas profundas los sencillos tienen la verdad y los sabios muchas veces la pierden por su misma arro-

(16) SANTO TOMÁS, QQ. DD. *De Veritate*, 4,2.

(17) SANTO TOMÁS, *In I sent.* d. 27, q. 2, a. 1.

gancia, y es ahí donde el Señor confunde el orgullo de los creídos con la sencillez de los ignorantes (I Cor, 1,27).

En verdad existe una gran diferencia entre las dimensiones de la cultura: mientras las primeras se orientan a la perfección de las capacidades del hombre para la transformación de las cosas (dominio de los medios de expresión simbólica, de las leyes de la realidad material por medio de la ciencia y la técnica a fin de aumentar el señorío del hombre, en el tener, el poder, y el saber para remedio de sus tendencias, deseos y necesidades tanto personales como sociales), sólo la última redundante en el crecimiento del hombre mismo, en su propio estilo y modo de ser hombre. Sólo el desarrollo cultural ético y religioso hace al hombre bueno o malo. Gracias a la cultura el hombre añade algo a su naturaleza y desarrolla su persona. Pero sólo en la dimensión ética se hace más valioso. La ética hace bueno el acto y con ello hace bueno al hombre. Sólo el ejercicio de la libertad bien ordenada tiene esta capacidad de perfeccionar al hombre en la virtud, a la cual está llamado y por la cual conquista su perfección. Por ello toda promoción del hombre tiene que contar con el hombre. De lo contrario cuanto más poder tenga el hombre sobre las cosas, sobre el mundo, pero menos dominio sobre sí mismo, estará en mayor peligro de que esos poderes se vuelvan contra él y así sea víctima de sus propios medios. Tal es la situación del hombre de hoy: conoce más, domina más, es señor de las cosas, pero no se conoce mejor, ni se posee de verdad, porque ignora su propio fin y nada quiere saber de su destino.

Esta desproporción entre lo que el hombre tiene, lo que conoce y lo que es en la hora de la modernidad, lo advertía con agudeza Scheler y lo recuerda Heidegger comentando a Kant, que todo lo reducía a la pregunta por el hombre: «Nunca supimos tantas cosas sobre el hombre como en nuestra cultura actual, pero nunca el hombre ha sabido menos de sí mismo» (18). Y no es tan

(18) M. HEIDEGGER, *Kant y el problema de la Metafísica*, pág. 326. Cfr. A. LOBATO, *Antropología y metantropología. Los caminos actuales de acceso al hombre*, Roma, SITA, 1987, págs. 5-40.

grave que no sepa mucho de sí mismo o que sepa menos que en otras épocas, lo tremendo es que lo que sabe no sea la verdad, y que no sea lo que debiera ser. Vivimos en la época de las revoluciones modernas centradas en la inversión de los valores, que tantos sudores y fatiga han causado. Pensemos en los «padres» de nuestra sociedad, que ya no tiene ni padres ni maestros. Por ejemplo, el proceso de la evolución darwiniana, el poder desatado del inconsciente freudiano, la rebelión del Superhombre de Nietzsche. Todos ellos se han ocupado de la dimensión ética. Nietzsche lo proponía de un modo decisivo: *Umwertung aller Werte*, la inversión radical de todos los valores. Han creído hacer la revolución profunda porque podrían explicar desde fuera *la genealogía de la moral*, como superestructura de las clases dominantes. ¡La moral era de los señores o de los esclavos! (19). En todos ellos se advierte la ausencia de una moral del hombre, que es medida, la moral de la persona, que es el sujeto y debe ser norma y fin de su comportamiento. Mientras no se recupere esta dimensión profunda del sujeto personal, no entra la ética sino desde fuera, por la ventana, en una cierta oposición a lo profundo del hombre.

Se hace necesario por tanto invertir la marcha del itinerario cultural. Hay que partir de un punto bien definido y claro: de una antropología real y omnicomprendiva, del auténtico ser del hombre. En ella hay que penetrar en su dignidad personal. Desde esos fundamentos se encuentra una base para el comportamiento ético y se puede dar respuesta al destino de ser hombre. La hu-

(19) Los llamados «maestros de la cultura imperante» o «filósofos de la sospecha», como Marx, Nietzsche, Freud, tienen en común una teoría de la moral como de algo que el hombre adquiere desde fuera, por el contacto social. Todos han tratado de explicar lo que Nietzsche llama *la genealogía de la moral*, desde el punto de vista empírico, desde algo no-ético, y sin valor universal. Nunca es esa moral adquirida fruto de la *razón práctica* del hombre. Por ello la quieren explicar sólo de modo positivo, tratan del hecho moral como de los hechos científicos. Cfr. F. NIETZSCHE, *La gènealogie de la morale*, París, 1964, págs. 18-19. Cfr. G. COTTIER, *Le refus moderne de la conscience morale*, en Actas del III Congreso Internacional de la S.I.T.A., Roma, Librería Vaticana, 1992, págs. 69-83.

manidad nueva sólo puede edificarse sobre estas bases de lo humano en su profundidad radical. Esta tarea es ardua. Nuestra cultura actual tiene grandes dificultades para asimilar esta orientación; está alienada, desconoce lo humano del hombre; confunde la persona con las cosas a su alcance. En un panorama del proyecto de reconquista de la dimensión ética, yo indicaría algunos jalones que señalan bien este camino de humanidad libre y dirigida hacia el futuro, un camino abierto hacia lo profundo del hombre. La dimensión ética de la cultura exige disponer su orientación desde tres momentos, el de la humanidad, el de la persona y el de la libertad del hombre en camino cultural (20).

3.1. La humanidad del hombre.

El hombre de la modernidad se ha situado en el horizonte de lo humano y tiene una sed profunda de desvelar su misterio. La gran pregunta es la que se vuelve sobre sí mismo. La hacía Kant: *Was ist der Mensch?* Así ha nacido la antropología, el discurso sobre el hombre. Y se han multiplicado los saberes, las fatigas, los análisis. Vivimos en la hora de las «ciencias del hombre». Pregunta y ensayos de respuesta no son exclusivos de hoy, son de siempre y han ido surgiendo con el hombre en su caminar. Es una cuestión que se plantea el hombre religioso. El salmo 8 la propone de un modo insuperable con esa bella expresión: *Señor Dios nuestro, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él?* (Sal, 8,5). A la pregunta sigue una profunda respuesta: el hombre es el ser, familiar de Dios, *capax Dei*, un poco menor que los ángeles, un ser que rebosa gloria y dignidad, que tiene otorgado el mando sobre las obras de las manos de Dios y todo lo creado en la tierra está bajo sus pies (21).

(20) Cfr. M. BIZZOTTO, *La rinascita dell'etica. Ethos, valori e doveri nel contesto della cultura contemporanea*, LDC, Torino, Leumann, 1987, págs. 10-52.

(21) Las glosas a este salmo han sido una constante en la historia del pensamiento religioso. Una de las más agudas la debemos a Tomás de Aquí-

Pregunta y respuesta sobre la *humanitas* del hombre las ha hecho también el hombre pensador. Los cristianos, desde Nemesio de Emesa, han superado a los griegos que, desde Aristóteles, se ocupaban sólo del alma, y han indagado sobre el hombre. A Tomás de Aquino le agradaban algunas expresiones de la sabiduría antigua como aproximaciones al hombre: *microcosmos*, *quodammodo omnia, ser en el horizonte, imago Dei, lo más digno en toda la naturaleza* (22). Cada una de esas fórmulas encierra una antropología en germen. Tomás dio una respuesta singular, que destaca entre todas por su unidad y su apertura. La humanidad del hombre se comprende desde la unidad de sus elementos, una estructura compleja que aúna el cuerpo y el espíritu, un dinamismo siempre en marcha que hace brotar el obrar desde la forma de ser y tiene un proceso ascendente en los diversos órdenes que llevan el hombre a la trascendencia, en un itinerario que sólo tiene su polo definitivo en el ser absoluto que es Dios. El hombre es un ser hecho a la medida de Dios. Su humanidad tiene un horizonte de infinitud. Tomás recoge las fórmulas agustinianas, del *homo capax Dei*, inquieto hasta que descanse en Dios, y las fórmulas aristotélicas de la apertura universal: *quodammodo omnia* (23).

El pensar moderno, a partir de Kant y de Feuerbach, ha dado un giro, *el giro antropológico*, y en ese abismo se pierde (24).

Frente a un panorama antropológico muy rico y variado, que de ordinario sólo comprende al hombre desde lo que el hombre no es, desde la evolución, la temporalidad, la materia, el pensa-

no, en su Comentario a los Salmos fruto de los últimos años de su vida. Yo la he recogido en su núcleo y la he comentado en un trabajo que lleva el título: «La humanidad del hombre en Tomás de Aquino», publicado en *San Tommaso d'Aquino Doctor Humanitatis*, Atti del IX Congresso Tomistico Internazionale, Libreria Vaticana, I, Roma, 1991, págs. 54-61.

(22) Cfr. A. LOBATO, *Antropologia y metantropologia*, Roma, 1987, págs. 7-10. Id., «Anima quasi horizon et confinium», en el vol. *L'anima nell'antropologia di Tommaso d'Aquino*, Roma, 1985, págs. 52-74.

(23) SAN AGUSTÍN, *Confessiones*, I,1.: *¡Fecisti nos Domine ad Te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in Te!*

(24) Cfr. A. LOBATO, «La metafísica dell'uomo nel pensiero contemporaneo», en *Sapientia*, 1969, págs. 356-406.

miento, Pablo VI al final del Vaticano II llamaba la atención sobre lo que había hecho el Concilio en torno al hombre y la centralidad del hombre en la Iglesia, experta en humanidad. Veía al Concilio desde su dimensión de «promotor del hombre», y en este itinerario antropológico «la religión del Dios que se hace hombre, se ha encontrado con la religión —porque tal— del hombre que se hace Dios» (25). Pablo VI advertía que este hombre inquieto y angustiado de nuestro tiempo, que se presenta bajo todos los fenómenos y apariencias, solo en Dios podía encontrar su medida de plenitud, en el Dios que se ha hecho hombre, en Jesús de Nazaret, el hombre perfecto.

La humanidad del hombre implica la unidad de los dos elementos que lo constituyen: el corporal y el espiritual. La unidad y el ser le viene del alma, creada por Dios, forma substancial del cuerpo. Y el camino del hombre está en su vocación y destino: de Dios viene y vuelve a Dios en un itinerario de libertad, donde él mismo va dando con sus actos la respuesta, recorriendo el camino hacia su centro, y hacia su fin. Toda la humanidad del hombre está regida en su itinerario por una norma que es intrínseca al mismo hombre y que al mismo tiempo le trasciende: por la ley natural, la ley del hombre. La dimensión ética entra de modo conatural en la misma raíz de su propia humanidad. La teoría actual en torno al hombre está plagada de olvidos: desde el radical olvido de Dios, al olvido del alma, al olvido del principio dinámico y de la perfección mediante las virtudes, hasta el olvido del rol de la corporeidad y sus relaciones constitutivas con el mundo circundante. Tomás de Aquino ha sido proclamado en 1980 por Juan Pablo II, Doctor humanitatis, porque tiene una respuesta a esta gran cuestión sobre la humanidad del hombre, en la cual tiene que apoyarse todo intento de edificar una cultura digna de él (26).

(25) PABLO VI, «Discurso 7 dic. 1965 en la clausura del Concilio Vat. II» en *Vaticano II*, BAC, 1965, pág. 1.026.

(26) Cfr. A. LOBATO, «Juan Pablo II y Santo Tomás Doctor Humanitatis», en el vol. *L'Uomo Via della Chiesa*, Massimo Milano, 1991, págs. 13-32.

3.2. La persona humana.

Este nombre es el nombre de la dignidad, que lleva siempre las dos dimensiones: una hacia dentro, donde la dignidad tiene su fuerza y su asiento, otra hacia afuera donde la persona finita encuentra su mundo connatural entre otras personas y frente a las cosas. La persona se revela en el rostro, y se presenta a veces con las apariencias de lo que no es, se pone una *máscara*. En la cultura actual «persona» es el nombre adecuado a cada uno de nosotros: somos un sujeto, un yo, y por ello tenemos una dimensión inabarcable, nos diferenciamos de los seres que tienen bien delimitado y circunscrito su horizonte. Ya Heráclito advertía la ausencia de límites en lo profundo del alma y del logos: *camina, camina, nunca llegarás al confín de ti mismo* (27). Kant hacía una precisa distinción entre cosas y persona, la cosa es siempre medio que se sustituye por otra, la persona es siempre un fin que no se puede cambiar. Para la propia persona descubría dos momentos privilegiados, cuando se situaba frente a sus dos mundos de la realidad personal: uno hacia afuera, abierto al infinito y contemplando el cielo estrellado sobre la propia cabeza; otro hacia dentro, más admirable: una fuerza de ley moral que le invita a ser él mismo con un imperativo al que no puede sustraerse (28).

En verdad la persona humana indica una totalidad incomunicable, una dignidad excelente, un ser singular y concreto subsistente. La persona no puede ser objeto de posesión, por parte de otro, se resiste a toda abstracción, es el nombre de la realidad clausurada ópticamente en sí misma. Y por una singular paradoja, por su condición espiritual, es el ser abierto a la totalidad, llamado a compartir en la relación de conocer y amar, porque se posee desde su libertad y se dirige desde su comprensión de lo que le circunda. La persona no puede nunca ser objeto, ni del tener, ni del poder, ni esclava de otro. No puede ser reducida a cosa, ni tenida como

(27) HERÁCLITO, *Fragmenta*, 22 B 45, Berlín, 1951.

(28) E. KANT, *Crítica de la razón práctica*, par. 19. Obras, IX, pág. 319.

medio. Está más allá del tener, del poder y del saber de nadie, en cierto modo hasta de sí mismo. Es un ser que se sitúa en su puesto solo frente a seres libres, en la relación de alteridad. Está llamada a realizar el milagro de convivir con los demás, en la unidad y en la diferencia. Por su misterio y sugestión, por su fecundidad, la persona es uno de los polos de reflexión del pensar y del vivir contemporáneo. Un hombre atento a la marcha de la cultura, como Juan Pablo II, ha dedicado hondas reflexiones al ser personal (29).

Este sujeto personal, un cierto milagro existente, tiene dos campos de desarrollo ético; uno hacia dentro, hasta identificarse consigo mismo en el conocer y en el poseerse, y otro hacia afuera, donde se comporta con las cosas y las personas como seres distintos, varón-mujer, hombre con el hombre, y construye la casa, la ciudad, la sociedad en su diversas facetas. Ambas dimensiones lo ponen a prueba constantemente, mientras va de camino. La cultura ética tiene que desplegarse en la forja del ser personal que posee como palanca la libertad. La ética de la persona es siempre una ética de la libertad, que tiene que ser compatible con deberes y derechos, con la ley y la decisión independiente.

El itinerario decisivo del ser personal humano, de este hombre que se alza a la dignidad altísima de persona, descrita por Boecio, en fórmula aún no superada, como *rationalis naturae individua substantia* (30) es el itinerario hacia Dios y de este modo hacia lo profundo de sí mismo. Su propio ser, de modo implícito, le lleva al fin, y por ello le lleva a Dios, aún sin saberlo, mientras sigue el orden de sus propias inclinaciones: a Dios se llega por el conocimiento y por el afecto. Todo conocimiento es integrante de una realidad que sólo en Dios tiene su principio y fundamento. Todo deseo de felicidad es un paso hacia el camino pleno de la felicidad total. Hay en nosotros una voz que nos advierte del camino por

(29) Cfr. KAROL WOJTYLA, *Persona y acto*, Madrid, BAC, 1987. Cfr. A. LOBATO, «La persona en pensamiento de Karol Wojtyla», en *Angelicum*, 1988, págs. 3-43.

(30) BOECIO, *Liber de persona et duabus naturis*, c. 1. Cfr. A. LOBATO, «Persona y naturaleza en Boecio», en *Miscelánea de Manuel Cuervo*, Salamanca, 1970, págs. 443-472.

dónde vamos, es la voz ética del bien y del mal, es la conciencia (31).

La conciencia es de los actos, un juicio o dictamen de lo que hicimos, de lo que hacemos, de lo que debemos hacer. Esa voz resuena dentro: todo hombre la oye. Por ella sabe si está bien o mal lo que ha hecho, lo que está realizando, lo que proyecta hacer. Esa voz es sólo la aplicación al caso concreto de una norma anterior, de un principio primero que se nos da en todo momento: *bonum faciendum, malum vitandum* (32). La voz de la conciencia es ley imperativa de modo que nadie puede obrar contra ella so pena de pecado. Es ella la que proclama la *lex naturalis*, que es la ley del hombre, la que está inscrita en lo más profundo del hombre, de todos los hombres, y es una *participatio legis aeternae in creatura rationali*. Es ahí donde el obrar humano tiene una raíz ética, donde tienen su asiento los deberes y los derechos del hombre.

La materia implícita y explícita de ese fundamento originario de todo lo humano se manifiesta en las grandes inclinaciones que brotan de lo profundo de todo hombre, con fuerza de atracción como un polo del ser espiritual y del ser humano. Cuando se repara a fondo en ellas se advierten los fundamentos del orden ético, las columnas de base del edificio moral. Esos fundamentos son los cinco siguientes:

1) Aspiración al bien, fuente del amor y de las grandes realizaciones humanas, de los deberes y de los derechos. Ahí tienen su asiento los mandamientos del decálogo, voz de la conciencia humana, y ley de Dios al mismo tiempo. El gran imperativo es el del bien: *bonum est faciendum* (33);

(31) SANTO TOMÁS DE AQUINO, *QQ. Disp. De Veritate*, q. 16-17. Cfr. A. LOBATO, «Conciencia morale e storicità dell'uomo in San Tommaso», en el vol. *Crisi e risveglio della coscienza morale nel nostro tempo*, EDS, Bologna, 1989, págs. 9-46.

(32) Cfr. A. LOBATO, «La voz de la conciencia», en *Verbo*, 1986, pág. 1.299-13-24.

(33) SANTO TOMÁS DE AQUINO, *ST.*, I-II, q. 1, a. 1. El bien coincide con el fin, que es la causa que todo lo mueve. El fin del hombre es Dios, en sí mismo y en cuanto será objeto de posesión y por ello de bienaventuranza.

2) Aspiración a la conservación en el ser, que implica la defensa de la vida, de la integridad del hombre, de la salud física y moral, de cuya fuente brota la fortaleza para superar el mal, y la esperanza para vencer las dificultades. El principio de unidad y apetito de perdurar en el ser, que es común a todos los entes, se manifiesta de modo especial en el hombre, como ser viviente que sabe ser persona y dueño del don de la vida (34);

3) Inclínación respectiva del varón y de la mujer hacia la unidad en el amor y la fecundidad a través de los hijos. La vida sexual del hombre alcanza su plenitud en el matrimonio y en la familia, en el cuidado de los hijos, en el desarrollo del amor de entrega mutua (35);

4) Inclínación al conocimiento de la verdad. El hombre es capaz de perfeccionarse por las virtudes intelectuales, mediante el ejercicio de la vida contemplativa. Ha nacido para la verdad. Su inteligencia es capaz de conocerla. El hombre vive de la verdad y debe aceptarla, testimoniarla y comunicarla. No puede vivir de la mentira, ni de la falsedad (36);

(34) Cfr. Documento del Vaticano, *Donum vitae*, 1988. Cfr. O. LONGO, *Il demiurgo cieco. Scienza, etica. Quali limiti?* Laterza, Bari, 1990, págs. 113-115.

(35) Esta inclinación implica la condición sexuada del ser humano y el apetito sexual de la especie humana en vistas al complemento y a la procreación. Si de una parte esto es común a los vivientes y se manifiesta de modo especial en los animales, adquiere caracteres singulares en el hombre, por su condición espiritual. Freud no ha sabido ver más que una de sus múltiples caras. El problema de las relaciones entre el hombre y la mujer tienen aquí un fundamento. Cfr. E. STRIN, *La mujer, Obras*, vol. V. Cfr. A. LOBATO, *La pregunta por la mujer*, Sígueme, Salamanca, 1965.

(36) SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra Gentiles*, I,1. El oficio y la profesión del hombre sabio se define sólo por la verdad. El maestro es quien enseña la verdad. Toda verdad procede del Espíritu Santo y debe ser aceptada. La inteligencia humana no es creadora de la verdad de las cosas. Tiene que adecuarse humildemente a ellas. Todos los hombres se rinden a la verdad objetiva. Todos tienen el deber de seguir la verdad y el derecho a buscarla y a encontrarla. La vida definitiva será la posesión de la verdad, que es el fin de la inteligencia, y trasciende todos los órdenes, el de la razón y el de fe. Nuestra época, no percibe la fuerza de la verdad

5) Inclinación a vivir en sociedad, por necesidad y por abundancia, para recibir y para dar, por el lenguaje que es medio de la comunicación. El hombre por su misma naturaleza es animal llamado a vivir con los demás en una sociedad que le sea connatural (37).

Tomás de Aquino ha sabido concertar la voz de la conciencia en estos fundamentos de la naturaleza humana, de la *lex naturalis*, y de la *lex aeterna* (38).

La voz de la conciencia, que dictamina sobre lo justo y lo injusto, sobre la realidad del pasado y el proyecto de futuro, es decisiva para el ser humano. Y no es algo venido de fuera, no es una superestructura, es algo que todo hombre tiene por su misma condición humana. La conciencia tiene la voz del imperativo, es testigo, juez, es ¡la voz de Dios! (39). La cultura ética del futuro tiene que recorrer este camino y forjar la conciencia del hombre con estos fundamentos bien claros y trascendentes:

El itinerario de la conquista ética recorre también el camino objetivo. Un segundo sendero va hacia fuera, más allá del sujeto, hacia la alteridad, al encuentro con el otro. En este campo hay una dimensión ética que acompaña siempre al hombre: la virtud de la justicia, que reconoce, respeta, se comporta con los demás hombres como personas, da a cada uno lo suyo, reconoce la fuerza de los derechos humanos, que tienen su asiento en la dignidad de la persona. Una adecuada comprensión de esta dimensión lleva al hombre a mantener siempre su actitud de ser libre y personal, frente a otros seres libres personales. La justicia da a cada uno lo

porque ha admitido el mito de las opiniones, vive seducido por la experiencia y por las opiniones. «El pensamiento débil» tienen un cierto miedo, como los ojos enfermos de la luz.

(37) SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De regno*, I,1-2. Cfr. A. LOBATO, «Le tre dimensioni dell'uomo: essere individuale, sociale, storico», en *Sapienza*, 1981, 87-149.

(38) SANTO TOMÁS, ST, I-II. QQ. 90-94. Cfr. A. LOBATO, «El humanismo de la ley natural», en *Verbo*, 1977, págs. 79-88.

(39) Cfr. AA. VV., *Crisi e risveglio della coscienza morale nel nostro tempo*, a cura di A. LOBATO, ESD, Bologna, 1989.

suyo. Los derechos de cada uno tienen que ser deberes de los otros. Hay deberes en el sujeto, hay derechos en los sujetos. Estamos habituados a ver los derechos individuales fundados sólo en las leyes que los garantizan, y no en la naturaleza de ser personas. Hace falta una comprensión del ser en la que entra la unidad y la diferencia, y ambas cosas se mantienen y se apoyan mutuamente. Esta correlación hace posible la verdad de la vida en comunión. El maestro Tomás de Aquino no sólo nos ha dado una teoría del ser como *actus essendi*, cuya participación en el ente hace posible la unidad y la diferencia, sino que nos ha dado una doctrina de humanismo para que el hombre con el hombre respete la alteridad y promueva la unidad en la diferencia. El hombre ha nacido para vivir con el hombre, para vivir unidos siendo diferentes. La virtud de la justicia es la virtud que hace posible en todos los órdenes de la vida social el fundamento de las relaciones del hombre en la convivencia. Hay en la naturaleza humana un fundamento para esta dimensión (40).

La nueva cultura ética tiene en los derechos humanos una de sus bases fundamentales. La historia de la acogida cultural de tales derechos es aleccionadora. Es provechoso seguirla en sus diversos momentos, desde las tímidas y parciales apariciones en América hasta su entrada triunfal en Francia y su extensión universal en la ONU, o su acogida por parte de la Iglesia. Todavía no hay un consenso sobre los fundamentos en que los derechos humanos se apoyan, pero ya todos convienen que son ellos un elocuente *signo de los tiempos*, una piedra miliar en el camino del hombre, una garantía para el futuro de la humanidad. Para el pensamiento cristiano, a partir de la Encíclica *Pacem in terris* de Juan XXIII, de 1963, los derechos tienen un fundamento absoluto en el ser, tienen una correlación con los deberes, tienen una norma que es la salvaguardia de la dignidad de la persona en todas sus manifestaciones. Son derechos que la sociedad y el Estado reconocen y están llamados a respetar y proteger, no a impedir, porque coinci-

(40) SANTO TOMÁS, ST, II-II, 57-58.

den con las inclinaciones de la ley natural, que los funda y son su moderna expresión (41).

En el ámbito de los derechos humanos tienen su puesto la lucha por la justicia, por la promoción del hombre, por el futuro. Ya no hay camino de humanización si no pasa por el respeto y el reconocimiento de los derechos humanos para que la sociedad pueda vivir. Así, los derechos humanos se han convertido en la base de toda sociedad que aspire a pervivir. La reflexión teológica ha descubierto que el fundamento y el núcleo de los derechos humanos ha sido una constante en la proclamación del Evangelio, porque pertenecen a su núcleo fundamental que busca la perfección de cada hombre como ser personal y de la sociedad humana. Así lo ha proclamado el Sínodo de los Obispos desde 1974 y lo ha llevado adelante Juan Pablo II, como elemento inseparable de la obra evangelizadora de la Iglesia. Esto es una realidad que está en el corazón del Evangelio, y pertenece al mensaje profético de su palabra liberadora (42).

En la primera evangelización de América los dominicos fueron campeones en la lucha por la justicia (43). Hoy se expresa esta dimensión de la justicia, de la alteridad, con la ley de la solidaridad. La cultura tiene que desarrollar esta categoría de orden ético, como nueva aplicación del horizonte de la justicia. Fabricamos un mundo solidario donde no sean posibles las divisiones insuperables entre los hombres, las discriminaciones, las castas, los ghettos, los muros de la vergüenza. La solidaridad es la nueva forma de vivir la justicia y hacer posible la convivencia humana entre los hombres y entre las naciones (44).

(41) Cfr. A. LOBATO, «La dignidad del hombre y los derechos humanos», en *Studium*, Madrid, 1982; *L'Eglise et les droits de l'homme*, Estrasburgo, 1987; *Los derechos del hombre expresión contemporánea de la ley natural*, París, 1989.

(42) Cfr. Jean M. AUBERT, *Droits de l'homme et libération évangélique*, París, Le Centurion, 1987.

(43) Cfr. A. LOBATO, *El Obispo Julián Garcés y la Bula «Sublimis Deus»*, Sevilla, 1987.

(44) JUAN PABLO II ha puesto gran énfasis en esta categoría que ex-

3.3. El papel de la libertad y la ley.

Desde estas premisas es posible descubrir el itinerario de la formación ética del hombre, y su aplicación a problemas que están en la base de nuestro futuro.

El hombre nace libre, pero sólo ejerce la libertad si se forma para ello. Esta es la gran tarea pedagógica, mientras el hombre llega a la edad adulta. La formación de la libertad tiene sus etapas de desarrollo en cada uno de los sujetos. Nada tenemos innato cuando venimos al mundo, pero sí vienen con la misma naturaleza sus capacidades para el desarrollo del ser hombre y del ser personal. El desarrollo de la conciencia moral se va haciendo conforme a las etapas de la educación: en una primera etapa la norma es exterior, viene dada al niño en el ejemplo de los padres y maestros, y se nos impone desde fuera para ser acogida en lo interior; la formación en este primer estadio requiere reglas, mandatos y prohibiciones. Los mandamientos negativos tienen la función de ser medidas de orientación necesaria para regular la vida humana y formar hábitos buenos. La obligación es inherente a la condición del ser que tiene deberes. La conciencia es norma interior y «ata» de modo que todo lo que se haga contra ella es pecado. El carácter obligatorio es condición de la vida moral y forma la responsabilidad de los sujetos (45).

Una segunda etapa de formación ética en la cultura, de crecimiento en la vida moral tiene lugar cuando la ley se interioriza y se entiende como la concordancia entre la norma y nuestras

presa de modo eficientes la convivencia del hombre y de los países en mutua relación de ayuda y colaboración. El último documento pontificio de gran alcance, la Encíclica *Centesimus annus*, vuelve a indicar esta virtud de la solidaridad como el camino de futuro en la sociedad. A Europa le compete de modo especial. Ya en su tiempo, Edith Stein había advertido el papel de esta virtud en la sociedad moderna. Cfr. A. ALES BELLO, «Coscienza e solidarietà in Edith Stein», en *Etica e Società contemporanea*, vol. I, 1992, págs. 130-140.

.. (45) Cfr. Victorino RODRÍGUEZ, «Fundamentación teológica de la conciencia moral», en *Etica e società contemporanea*, vol. I, págs. 96-108.

profundas aspiraciones. El hombre experimenta el gozo y la paz en seguirlas. Normalmente esto se da en la hora de la juventud despierta y bien orientada (46).

La etapa tercera se da cuando la vida moral se ha convertido en fuente de creatividad y fuerza espiritual. Es típica del hombre maduro. El obrar moral con espontaneidad y desde lo interior se convierte en la raíz del gozo, de la paz, en la señal definitiva de que se ha llegado a ser plenamente uno mismo. Es la etapa que se revela en Sócrates, que Bergson exalta como fuente de la moral abierta (47).

La ley natural, por ser la ley del hombre no viene de fuera, no contradice la libertad, más bien se manifiesta en las aspiraciones profundas del sujeto y es el secreto de la dirección creadora de la libertad. Por eso es la base sólida y universal de los derechos humanos, con suficiente plasticidad para adecuarse a todos los hombres en las diferencias que le competen. La ley natural es apta para formar al hombre en la dimensión ética manteniendo esa conjunción entre la interioridad y la norma vinculante. Las etapas de forja del hombre tienen que seguir este itinerario ascendente. El no haber sido educado en el ejercicio de las virtudes, la falta de hábitos morales de comportamiento, el no haber asimilado la fuerza creadora de la ley, hace que el hombre se sienta movido desde fuera, por preceptos, prohibiciones, por amenazas y castigos o por unos premios ilusorios. El hombre de la modernidad se encuentra desconcertado: proyecta un mundo de hombres en plenitud para vivir la libertad en democracia, y se encuentra con la paradoja de que ese tipo de hombres no existe en la realidad. En la sociedad sólo hay hombres en camino, con una voluntad más herida que su inteligencia. De esa raíz tiene su origen el malestar de la cultura, la difícil convivencia de la hora actual.

El remedio está en invertir los esfuerzos: forjar los hombres en la recta conciencia y en la libertad que asume su responsabilidad de derechos y deberes ante Dios y los hombres. El problema

(46) Cfr. Mario BIZZOTTO, *La rinascita dell'etica*, LDC, 1987, págs. 53-65.

(47) Cfr. C. J. PINTO DE OLIVEIRA, *Autonomie. Dimensions éthiques de la liberté*, Fribourg, París, 1978.

del mal es real y va más allá de todas las utopías de progreso indefinido, que han brotado sin cesar en la hora moderna. El mal del hombre no está sólo fuera, tiene su causa dentro, es un desorden que lo acompaña y necesita remedio. En este horizonte de lo humano se ha insertado la nueva creatura, la gracia que viene al hombre en la vida nueva dada por Jesucristo. La ley cristiana no añade nuevos modos de ser en el hombre, añade un elemento decisivo, que lleva a plenitud la vida moral del sujeto humano por la fuerza de la gracia y del amor de Dios que nos ha sido infundido: «Por la gracia de Dios soy lo que soy» decía Pablo (1 Cor, 15,10) (48).

La cultura ética tiene que llevar al hombre por ese sendero. Así entra en el camino del futuro. Las aplicaciones de la dimensión ética de la vida humana las tenemos ante nuestros ojos como problemas urgentes todos los días. Veamos algunos de los campos concretos.

Es frecuente hoy el conflicto entre las posibilidades de la ciencia y de la técnica de una parte y de la conciencia moral por otra. El ejercicio de las técnicas y profesiones trata de progresar y realizar experiencias nuevas. La autonomía de la ciencia parece excluir toda intromisión desde otras esferas. De esta índole son los graves problemas que plantea hoy el ejercicio de la medicina, de la biogenética, de las posibles manipulaciones en las etapas del principio y del fin de la vida, como obtener un hijo del sexo que se desea, modificar el código genético, ensayar nuevas especies, provocar la muerte sin sufrimiento cuando a uno le parezca, procurar abortos, manipular los embriones, hacer experimentos de gestación con madres alquiladas, y tantas otras áreas de conflicto cotidiano. El profesional está tentado de proceder por su camino hasta donde la ciencia lo lleve, de hacer todo lo que ya es posible para la ciencia. Eso es también lo que le piden al médico los enfermos y los que acuden a él. En cambio el hombre de conciencia piensa desde dentro cuál es el objeto de su profesión y cómo con ella sirve al

(48) Cfr. Servais Th. PINKAERS, *La morale catholique*, Cerf, París, 1991. pág. 105.

hombre (49). El científico, aun por exigencias de su saber científico que se ordena al hombre, y el hombre que hay en todo científico, tienen que seguir la recta conciencia y tener una norma ética en su actuación. Nos es lícito abusar del ser humano y tomarlo como cosa.

El campo del desarrollo científico es también objeto de aplicaciones cuando se refiere a la naturaleza. El hombre es señor del mundo, su propietario. ¿Es la propiedad de tal modo del hombre que le da el derecho de usar y abusar de lo que posee, es *potestas utendi et abutendi*? ¿O tiene un límite? La conciencia recta dice que hay que tener en cuenta al hombre, se que vive en el mundo en simbiosis con la naturaleza, y por tanto la polución, el exterminio de las especies, la consunción del ozono, los productos que degradan el ambiente tienen que ser controlados. Todos los campos de la actividad humana tienen estos límites y aplicaciones. Pensamos en los hombres de negocios, en la banca, en la economía. ¿Tiene normas obligatorias este campo? ¿Cuál es la norma? ¿Todo es lícito? ¿La economía es nuestra? ¿La política es el arte al servicio de la propia nación y no tiene otra razón que la razón de Estado? ¿Caben normas en los medios de comunicación, en el mundo del mensaje? ¿Está todo permitido? ¿La escala de valores es sólo subjetiva? En todos estos problemas la ley del hombre, que es interna a todos los hombres, regula el ejercicio de sus actos, que han de ser conformes a su naturaleza y dignidad, y deben respeto de los derechos de los demás, de los hombres y los pueblos.

Otro campo de aplicaciones. La construcción de la unidad y del destino de Europa es hoy nuestra tarea. ¿Cuál es la posibilidad abierta en este momento? ¿Vamos a construir la Europa de mercaderes, de los técnicos, de los nacionalismos, del eclecticismo y de la tolerancia? ¿O más bien la Europa de las naciones y de los valores del Evangelio como grita desde Compostela Juan Pablo II? Europa sólo puede edificarse creando un humanismo ejem-

(49) Cfr. Alfonso LÓPEZ TRUJILLO, «La scienza e la tecnica odierna al servizio della vita humana», en *Etica e società contemporanea*, vol. I, págs. 209-215; Dionigi TETTAMANZI, «L'intrinseca dimensione etica della scienza e della tecnica», *ibíd.*, págs. 218-230.

plar, el camino de la cultura avanzada de la humanidad, que puede ser ejemplar en el futuro para todos los pueblos como lo ha sido en el pasado. Tiene que realizar las dos dimensiones de la persona, la de la realidad concreta, acogiendo sus tradiciones culturales, y la de apertura a lo universal en los valores con raíces cristianas. De otro modo no llegará a ser una unidad con futuro (50).

La memoria del descubrimiento, de la evangelización y de las relaciones con América son otra pista de futuro ético. ¿Cómo se ha de celebrar y prolongar, mirando al pasado, dejando en el olvido esa gesta, o mirando al futuro de la nueva humanidad? Es preciso ser capaces de acoger los grandes valores de la proyección de España en América y aspirar a hacer una unidad de pueblos aún mejor en el futuro solidario.

(50) En 1949, ya el filósofo español Ortega y Gasset, sobre las ruinas todavía humeantes de Berlín, tenía una conferencia sobre este tema. La tituló clásicamente *De Europa meditatio quaedam*. Quedó incompleta, pero tendía a la integración de todos los pueblos en la unidad cultural de los valores comunes. La Europa del futuro tiene que conservar la vía romana, que en definitiva es la que la ha hecho posible.